

no, darse á la vela Diego Mendez, deseoso de llegar á tiempo en busca de los náufragos.

¿Qué sucedió á Diego?

¿Qué resultado habia tenido el viaje de Isabel Montegudo á Portugal, para buscar á la jóven que habia sido arrebatada de los brazos de su madre?

No tardaremos en saberlo.

Volvamos ahora al gran hombre, á quien dejamos al borde de la muerte, y sigamos á sus amigos Mendez, Sagredo y Fiesco, que anhelaban la gloria de aparecer ante la posteridad como los salvadores del inmortal Colón.

## Capítulo LXIV.

### Salvacion de los náufragos.

En medio de las tribulaciones que surgian para el almirante, consideró como un señalado triunfo el que acababa de obtener de los rebeldes, sometiéndolos á su autoridad.

Con aquel acto habia aumentado su prestigio á los ojos de los naturales del país; habia ofrecido á sus compañeros el convencimiento de que aún tenian fuerzas para luchar, y sobre todo, aquella batalla y aquella victoria habian dado tregua á las continuas y dolorosas cavilaciones de los náufragos, que llevaban ya un año suspendidos al borde del abismo.

Pero el almirante, con su gran penetracion, no tardó en comprender que no le convenia reunir de nuevo á los que se habian rebelado contra su autoridad y á los que la habian acatado.

Aquellos podían inficionar á estos: su reunion podía ser origen de muchas reyertas entre ellos, y desde luego, lo primero que pensó Colon fué separarlos.

Francisco Porras se mostraba muy humilde; pero era un hombre temible, á quien la derrota podía inspirar aquella conducta para aprovechar otra coyuntura y tomar la revancha.

El y su hermano fueron aprisionados, y la mayor parte de sus arrepentidos compañeros, aunque en libertad, fueron alejados de las carabelas.

De acuerdo con el adelantado y su hijo Fernando, que eran los dos asesores más íntimos de Colon, dispuso el ilustre marino que los rebeldes, sometidos de nuevo á su autoridad, se estableciesen en una parte de la isla, no muy lejos de la costa, bajo la vigilancia y gobierno de Fuentes, hombre que á su lealtad unia una energia de carácter y una fuerza física capaz de imponer respeto á aquella turba que iba á estar á sus órdenes.

Obedeciendo á sus generosos sentimientos, en vez de condenarles á vivir de los elementos naturales del país que pudieran proporcionarles los indios, les envió parte de las provisiones que tenia á bordo, y les aseguró que muy en breve abandonarían toda aquella costa, porque no era posible que tardasen ya mucho los auxilios que por tantos conductos y con tanta insistencia y razon habia pedido al gobernador de Santo Domingo y á los reyes de España.

Los hermanos Porras, que aunque prisioneros estaban juntos, meditaron sobre su situacion.

—Hemos hecho muy mal,—dijo Francisco,—en entregarnos de esta manera.

—Más nos hubiera valido morir,—exclamó el otro.

—Para nosotros la salvacion que con tanto afán esperan los demás, es la perdicion.

—Cierto: de aquí, si salimos con vida, nos llevarán á España para juzgarnos.

—Y allí los hipócritas, que no faltan; los aduladores, para exaltar más y más al almirante, nos condenarán á una muerte afrentosa.

—La ley así lo manda; nos hemos rebelado contra nuestro jefe.

—Hemos sido unos mentecatos.

—¿Y qué hacer ahora?

—Todo ménos consentir la vergüenza y la muerte que nos aguarda en la Península.

Los dos permanecieron silenciosos durante algun tiempo.

—Francisco,—dijo despues de un momento de abstraccion su hermano,—puesto que nos aguarda la deshonra, puesto que en esta situacion nada podemos hacer para salvarnos, porque aun cuando apelásemos á la fuga moriríamos en la miseria ó asesinados por los indios, á quienes tanto daño hemos causado, ¿quieres que acabemos con nuestra vida?

—¿Qué proyectas?

—La verdad es que hemos sido unos ingratos. Sujetos en los brazos de la miseria, Dios sabe cuál hubiera sido nuestra suerte en España si el almirante

no se hubiera apiadado de nosotros. Cuando se sepa lo que aquí ha ocurrido nos tacharán de desagradecidos, de miserables, de traidores, y en todas partes nos despreciarán. Al menos que se vea nuestro remordimiento en un acto desesperado: vamos á poner término á nuestros dias.

Francisco era más malo que su hermano, y por consiguiente más cobarde.

—¿Qué dices? ¿Morir? ¿Has perdido ya toda esperanza?

—Toda.

—Y si nos llevan de aquí á Santo Domingo, ¿dudas que aún podremos hallar favor entre los enemigos de Colon?

—Es que yo estoy verdaderamente arrepentido.

—Deja ese sentimentalismo para mejor ocasion. Más cristiano es sufrir que acabar con la vida.

—Pues bien: si tú no quieres, si no tienes valor para redimir tus pecados de ese modo, yo solo moriré.

—No; espera al menos á que intentemos un último esfuerzo para ver si podemos obtener la libertad y el perdon.

—¡Inútil esperanza!

—¿Quién te lo ha dicho? ¿No podríamos muy bien encender de nuevo la tea de la discordia, impulsar á unos pocos á la rebelion, y sofocarla luego nosotros mismos para contraer méritos á los ojos del almirante, que es bueno y generoso, y de seguro nos perdonaria?

—Sólo dos dias espero. Si al cabo de ese tiempo

nada hemos conseguido para aliviar nuestra situacion, moriré, hermano mio.

—Acepto tu palabra.

Trascurrieron dos dias, y en ellos los recios temporales que azotaron la costa destruyeron las cosechas, dificultando cada vez más á los españoles reunir las provisiones.

Este inesperado contratiempo aumentó su desesperacion.

Habian ya trascurrido cerca de tres meses desde la salida de Fiesco y Diego Mendez, y no teniendo noticia alguna de ellos, estaban seguros de que habian perecido.

Por otra parte, Escobar no volvia.

Un abatimiento profundo se apoderó de todos, y como siempre que llegaban á este extremo, surgió en ellos la idea de abandonar aquellas costas para ir á Santo Domingo, aun cuando fuera en endebles canoas.

Pero aunque el mismo almirante se resolvia á tomar aquella resolucion, los temporales que reinaban era motivo suficiente para aplazar el viaje, porque apenas se lanzasen las canoas al agua, volarian como plumas á impulso de los vendavales.

Más de ocho dias duraron las tormentas.

Al cabo de este tiempo se serenó el mar y se apaciguaron los vientos.

Una noche estaban ya resueltos los hermanos Porras á perecer.

En medio del silencio percibieron todos un ruido

que, sorprendiéndolos primero, pareció animarlos después.

Al mismo tiempo que oyeron el ruido, vieron á los ojos un resplandor que desapareció.

No habia duda: aquello habia sido un disparo de embarda, y no podian ser indios, sino españoles los que habian hecho aquella señal.

—Algun buque se acerca para salvarnos,—exclamaron todos.

Los suicidas, ante aquella esperanza de vivir, renunciaron á su propósito.

Todos aguardaron con impaciencia á que amaneciese para ver si descubrian alguna carabela.

En efecto, al rayar el alba vieron en alta mar no uno, sino dos buques; pero tan distantes, que no era fácil descubrir á qué nacion pertenecian.

Los dos parecian navegar, evitando acercarse el uno al otro.

Una inmensa alegría inundó el corazon de los náufragos.

Cayendo de rodillas dieron gracias al Altísimo, y todos se agolparon en el camarote de Colon, en donde, doblando la rodilla, le pidieron perdon por sus culpas, y le ofrecieron sacrificarle todos su vida.

Pero el dia avanzaba, y las embarcaciones, en vez de acercarse á ellos, parecian alejarse.

Hacia un calor abrasador.

Todo indicaba una nueva tormenta.

La tempestad no tardó en estallar, envolviendo á los náufragos en una manga de agua.

El viento habia impelido las dos embarcaciones hácia la costa, y al calmarse la tempestad pudieron descubrir los náufragos á los tripulantes de los dos buques, que eran españoles, y que venian de paz, por la bandera blanca que ostentaban en la proa de sus embarcaciones.

Casi á un mismo tiempo llegaron á bordo de las carabelas convertidas en asilo de los náufragos tres hombres que, al reconocerse, no pudieron ménos de lanzar una exclamacion de alegría y de estrecharse cordialmente.

Eran Diego Mendez, que habia llegado en un bote, y Sagredo y Fiesco, que habian dejado su buque para aproximarse á ver al almirante.

La escena fué conmovedora.

Al mismo tiempo que se abrazaban en medio de la más profunda emocion de los náufragos, apareció el almirante apoyado en su hermano y en su hijo, y al reconocer á aquellos tres hombres que habian llegado hasta su destierro con las dos carabelas:

—Antes de estrecharlos contra nuestros corazon,—dijo á los que le acompañaban,—antes de expresar nuestra gratitud, demos gracias al Altísimo y acatemos los decretos de la Providencia. Ella ha puesto á prueba nuestra virtud, nuestra resignacion, y nos dá el premio.

Instantáneamente prorumpieron todos en un cántico al Altísimo, cuya sublime poesia comprenderán nuestros lectores, si consideran lo que habian su-

frido aquellos hombres y la inmensa felicidad que la llegada de los buques ofrecía á su alma.

Un jóven, cuyo rostro, á pesar del traje europeo, se descubría fácilmente que pertenecía á la raza india, postrándose de hinojos ante Colon, besó sus manos.

Era su antiguo intérprete, el indio de Guanahani, que aunque vivia en España, al saber los peligros que corria el almirante, abandonó sus goces para entrar á bordo del buque que mandaba Diego Mendez y correr á auxiliarle.

Vamos á ver cómo, habiendo salido Sagredo y Fiesco de Santo Domingo mucho antes que Diego Mendez de la bahia de Cadiz, habian llegado al mismo tiempo á salvar á Colon.

## Capitulo LXXXVI.

Donde hablando de Sagredo, puede el lector saber algo de Ojeda.

Las tempestades que combatieron la embarcacion de Sagredo, la arrojaron, como dijimos, á una costa desconocida para él.

Era la costa de Coquibacoa, en donde á la sazón habia una colonia española, gobernada por Alonso de Ojeda.

No lesperaban Sagredo ni Fiesco tener un encuentro.

En el puerto vieron ancladas algunas carabelas, y antes de calar recibieron la visita de unas lanchas, en las que los emisarios de Ojeda acudieron á enterarse de quiénes eran los que iban á bordo de aquella embarcacion.